

## El honesto bálsamo de la estética. Entrevista a Lily Litvak

José Antonio González Alcantud

Con los escritores ocurre como los monumentos míticos: que a veces detrás de su aureola sólo encontramos decepción. Tombuctú decepcionaba o decepciona a los viajeros que tras su brillante nombre no encuentran nada; con la Alhambra ocurre lo contrario: el viajero constata la identidad entre el mito y la satisfacción de comprobar su materialidad. Leí a Lily Litvak mucho antes de conocerla, y en el conocimiento que se tiene de ella ocurre como con la Alhambra: no hay engaño ni decepción. Su persona responde a su literatura. No de otra manera puede interpretarse ese interés suyo desde el inicio de su biografía azarosa, sometida las aleatoriedades de todo tiempo, y extraña —de orígenes hebreos, nacida en México, afrancesada, enamorada de España, docente en Estados Unidos. Una verdadera manierista que ha consagrado muchas páginas a los exotismos —varios: el árabe, el hindú, el chino...—, al erotismo, a la literatura anarquista, a Romero de Torres, a la noche... Temas extraños si hubiese nacido y se hubiese criado en un ambiente monocolor marcado por la grisura como el de la España franquista. Autora de textos tales como *Erotismo fin de siglo* (1979), *El modernismo* (1975), *Transformación industrial y literatura en España: 1895-1905* (1980) y *Musa libertaria: arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)* (2001), entre los más conocidos, es una apasionada por la imagen, seguidora de telenovelas latinoamericanas, y exegeta de rarezas. He aquí el diálogo que mantuvimos, ella en Austin, y yo en Granada, por Internet, la nueva fábrica de las imágenes.

GONZÁLEZ ALCANTUD—Acabo de leer un maravilloso texto tuyo sobre los cinco libros que más influyeron en tu vida. El primero, un libro infantil, de Monteiro Lobato, que te llevó a interesarte tanto por Brasil que hasta tu hijo acabó haciendo la tesis doctoral sobre este país. El segundo, de Scholem Aleijem, nos traslada al mundo del judaísmo ucraniano, sociedad con la cual entroncas familiarmente. El tercero, *Germinal*, que te llevaría a conocer y apreciar los movimientos sociales y en particular el anarquismo. El cuarto, *Las flores del mal* de Baudelaire, que te hizo tener “conciencia lírica de la ciudad moderna”. Y finalmente, Antonio Machado, que te lleva a arribar en expresión tuya “a la gran pasión de mi vida: España”. No hablas de un posible sexto: *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. ¿Qué recuerdas y que aprecias del país de tu infancia, México?

LILY LITVAK—No, *El Laberinto de la soledad* no sería mi sexto libro, y realmente no hay ningún libro concreto que me identifique con México, sino más bien mi vida allí y

algunas personas con las que conviví desde niña. La primera de ellas mi nana Lupe; una señora mexicana proveniente del pequeño pueblo de Tarimoro, en el estado de Guanajuato, nos cuidaba a mi hermana y a mí y llegó a mi vida desde que cumplí los 2 años.

Lupe es mi primer lazo con México, desde el mismo idioma, pues en mi casa se hablaba el *ídish* y es con ella con quien empecé a hablar español. Nos tenía a su cargo todo el día, pues mi madre trabajaba. Íbamos con ella al pequeño Parque España que estaba junto a mi casa, y nos enseñaba todo: a jugar, a vestarnos, a hablar bien, y sobre todo nos contaba cuentos, pues era una maravillosa contadora de cuentos. Yo no comía si no se sentaba conmigo a contarme alguno. Así aprendía las aventuras de Azulita y Rompetacones, las amenazas de la malvada bruja y del ogro que comía niños, de Blancanieves y los siete enanos y otros más. Lupe sabía miles de cuentos, y muchos los inventaba. Entre ellos había muchas leyendas de México y, desde luego, la que más me aterrorizaba era la de la Llorona, que cuenta la historia de una mujer que ahogó a sus hijos y cuyo fantasma desde entonces recorre los ríos gritando lastimosamente por ellos.

Tengo muy vívidamente el recuerdo de un maravilloso lugar al que íbamos de vacaciones en el mes de mayo, San José Porrúa, en el estado de Michoacán. Era toda una aventura llegar allí; el camino atravesaba montañas llenas de poinsetias rojas, que cubrían todo el trayecto. En el hotel había siempre muchos niños con quien jugar; a la roña, a los encantados, a los policías y ladrones... Lo más bonito eran las excursiones que hacíamos con Lupe, subíamos a los cafetales, o bajábamos al río, a recoger pedernales. Y ese río me daba terror en la noche, a causa de la Llorona, estaba segura de que pasaba por allí.

Lupe me enseñó mis primeros juegos y canciones. Algunos de ellos deben ser reliquias del antiguo romancero español, y a veces siento mucho que no se hayan estudiado. Aún están vivos, pues como aún lo hacen los niños mexicanos, yo cantaba aquello de “naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido”, lo de “mambrú se fue a la guerra”, “A la rueda, rueda de san Miguel”, “Estaba la pájara pinta, sentada en un verde limón”, y jugaba a la “Víbora de la mar”, al “Matarile ríle ron”, y un precioso juego cantado con un ceremonial muy complicado, cuyo equivalente nunca he encontrado en España:

Doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata  
Romperemos un pilar para ver a doña Blanca  
Quién es ese quiijotillo que anda en pos de doña Blanca  
Yo soy ese quiijotillo...

Como te decía, siento que esas canciones no hayan sido estudiadas, y esto me lleva a algo que yo sí he investigado. Te pongo en antecedentes; en la época de Navidad Lupe nos llevaba a muchas partes, por ejemplo, a la casa de su tía Socorro, portera en un edificio, que armaba un nacimiento maravilloso, enorme, con muchísimas figuritas, los pastores, los animalitos, había vacas, borreguitos, patos, perros y hasta pollitos de barro, e inclusive un lago hecho con un espejo y hasta un pequeño río de papel de plata.

Hacíamos una piñata en mi casa, Lupe nos enseñó a hacerla, a forrar la olla de barro con periódico, a darle forma de estrella con pedazos de cartón y a cubrirla con papel de China de colores. Luego íbamos a comprar las cosas para llenarla; cacahuates, tejocotes, limas, pedazos de caña de azúcar, jícamas, colaciones. Pero lo que te iba a contar es que Lupe también nos llevaba a ver una pastorela. Esto es una especie de auto del nacimiento que se representa en la época de Navidad en muchos pueblos de México. Escenifica el trayecto de los pastores hasta Belén para ver al niño Jesús que acaba de nacer. Son personajes tradicionales con papeles característicos, los pastores Bato, Gila, Bartolo... que encuentran diversos episodios en su camino. Esa pastorela me gustaba muchísimo, y ya

mucho más tarde le pedí a Lupe que me consiguiera el manuscrito de la pastorela de su pueblo. Así lo hizo, y yo la publiqué con un estudio preliminar donde trazo los personajes y las escenas al teatro primitivo español. Ése fue mi primer libro, *El nacimiento del Niño Dios*. Después ya de profesora aquí en Texas dirigí una tesis doctoral de una estudiante que investigó las pastorelas del área de San Antonio en Texas. Hizo un trabajo magnífico, y estableció contacto en cada pueblito o ciudad con los artistas, todos por supuesto de origen mexicano. La verdad que a mí me conmueve esa continuidad y persistencia de una tradición tan antigua y que yo creo que hasta ha desaparecido de España.

Pues de Lupe podría hablar muchas horas, y me doy cuenta ahora que apenas he rozado algo igualmente importante que me liga para siempre con México; el paisaje. Tuve la suerte que desde pequeña salíamos a menudo, por lo menos cada fin de semana, a los alrededores de la ciudad, y aun a otros sitios apartados. El paisaje mexicano me ha quedado grabado como algo inigualable en belleza. Nunca, ni aun en Italia, he encontrado flores de buganvilla más encendidas que en Cuernavaca, y nunca, ni aun en Brasil, he visto un mar más bello que el mar de mi infancia, el de Acapulco.

El paisaje mexicano es también muy misterioso, recuerdo a veces que de niña, por ejemplo al pasar de noche por algún pueblo, me entraba una especie de miedo. Me ha quedado en la memoria alguna vez que desde el coche vi algo así como una pequeñísima ciudad en la distancia, era un cementerio. Creo que el libro que mejor capta este misterio de México es *Pedro Páramo*.

G.A.—¿Ese misterio inscrito en el paisaje mexicano, esa secreta herencia de lo hispánico en México, puede estar en el origen de tu interés por lo exótico, expresión estética y antropológica de todos los misterios? Es curioso, cuando cayeron en mis manos, y devoré de inmediato tus libros sobre el exotismo, pensé que eran ajenos a la tradición española, por regla general muy ensimismada, acaso por castiza. Tu interés por lo exótico, no siendo de raíz francesa, que siempre tuvo predilección por estos temas, tenía que proceder de un fondo plural, un mucho *castriano* —por Américo Castro, puede ser—, cuyo norte habíamos perdido hacía muchos siglos...

L.L.—Tu pregunta, tan interesante, me ha puesto a pensar mucho. Creo que puedo dividir en dos partes mi respuesta; una en que me planteo el reciente y renovado interés por el exotismo, y otra, puramente subjetiva, en que me pregunto qué es para mí lo exótico y por qué me atraen esos temas.

Tengo muy clara la primera parte, y estoy en completo desacuerdo con las teorías críticas recientes basadas en la supuesta objetivación exotista del “otro” y la conversión del exotismo en una confrontación ideológica. La correlación establecida por Said y sus seguidores que hacen del exotismo orientalista un impulso racista y hegemónico me parece una simplificación basada en análisis políticos fáciles. De hecho no procede sólo de Said sino que ya hay indicios de esta actitud aun en obras maestras del orientalismo del siglo XX (Schwab, Riencourt). Aunque, desde luego, se puede y todavía se debe analizar un texto exotista teniendo en cuenta los acontecimientos históricos que lo acompañan, rechazo la idea de que el exotismo coloniza lo observado, pues no creo que se pueda dejar de lado el carácter artístico de la obra para convertirla en el comentario de una situación política. Esa crítica que adjudica actitudes imperialistas e ideologías políticas, opera como un discurso cerrado que no admite otras posiciones.

Como te he comentado, trabajo ahora en un libro sobre el exotismo de la India y me parece que no es posible entender, por ejemplo, toda la discusión sobre el sánscrito desarrollada en el siglo XIX como una colonización de la India. Ya me doy cuenta de que

---

el sanscritismo no es estrictamente una búsqueda del exotismo, pero seguramente fue éste lo que allí desembocó. En todo caso, mientras más trabajo en el tema, más me doy cuenta de que el exotismo hindú aportó a Europa nuevas formas de pensar y nuevos marcos para abordar una cultura tan diferente de Occidente. En vez de Said y su orientalismo me parece más acertada la crítica anterior (Carré, Martino, Jourda), que considera el exotismo como una búsqueda sensual y artística.

No pretendo ahora hacer una definición del exotismo, no la tengo concretada y ni sería ahora el momento de exponerla, pero podría decir, de manera muy general, que desde el punto de vista de Occidente, el exotismo implica, en principio, la búsqueda de otras esferas o civilizaciones totalmente diferentes de la tradición greco-romana y judeo-cristiana. No es una investigación documentada sino una búsqueda mítica que se vale en gran parte de la fantasía, y más que comprender o asimilar aspectos de esas culturas ajenas, las convierte en objetos artísticos. Hay una sensación de libertad que hace del exotismo un recorrido estético o espiritual. Lo exótico produce una sensación de asombro, de maravillamiento u horror que puede disiparse en cuanto se racionaliza o se estudia a fondo esa cultura.

Pero aunque el autor o artista tenga necesariamente el lastre de sus raíces, y los prejuicios de su propio bagaje cultural, así como lazos con su historia y su tiempo, esos viajes metafóricos son hasta cierto punto una lucha con la cultura propia, y esos contactos más imaginarios que reales, donde se encuentra algo que el mundo familiar no ofrece, aportan una regeneración. Desde luego, los hallazgos pueden no ser sólo positivos, sino incluir también prospectos y seducciones más oscuras. Creo que el exotismo va desapareciendo si es que no está ya muerto, y no sólo geográficamente, sino también está desapareciendo el sentimiento del exotismo, justamente por esa capacidad de asombrar.

Me planteo ahora la pregunta de qué es lo exótico para mí y por qué me gustan tanto estos temas. Debo reconocer que a mí me encanta lo exótico desde su nivel más obvio: joyas, objetos de forma extraña, costumbres incomprensibles, paisajes nunca antes vistos... todo lo cual me gusta y no puedo ni quiero comprender totalmente. Lo encuentro fascinante justamente porque no tengo que explicármelo más que a medias y lo puedo admirar y aceptar estéticamente.

Regresando a tu pregunta más concreta te diré que México no me parece exótico, tal vez por haber nacido allí, lo que sí me parece es muy misterioso e impenetrable, hasta para los mismos mexicanos, y por cierto, es muy diferente de España, por las fuertes raíces indígenas.

Dónde estaría ahora lo exótico para mí, no lo sé, tal vez en Extremo Oriente, en lugares que me intrigan mucho pero que no tengo ni las más mínimas ganas de visitar y prefiero imaginarlos a base de lo que llega hasta mí de ellos. Estoy tratando de recordar cuándo sentí yo que algo era exótico, y me viene a la mente la película basada en la obra de Rudyard Kipling *The man who would be king*, rodada en esos parajes que deben quedar por Afganistán, Kirguizistán, por allí, en un vago lugar geográfico de fronteras indeterminadas. Es todo muy diferente, sobre todo ahora, pero esa novela y esa película sí dan esa sensación de exotismo desde el extrañísimo paisaje adonde llegan los aventureros.

Vuelvo a esa frase tuya tan acertada donde me preguntas si “esa predilección por estos temas, tenía que proceder de un fondo plural, cuyo norte habíamos perdido hacía muchos siglos”. Creo que tienes mucha razón, pero debo matizar. Tengo la ventaja de estar en una posición de doble valencia; en realidad yo siempre me siento extranjera en todas partes, es más, no sólo me siento sino que soy extranjera, no pertenezco totalmente a

ningún país. Eso me viene en gran parte por ser judía, emigrante, hija de emigrantes, nací y crecí en México, un país que desconfía mucho de los extranjeros y muy centrado en la búsqueda, infructuosa o no, de su propia identidad, que no era la mía y donde yo misma era siempre considerada algo exótica. Y no es sólo en México donde me siento así, sino en todos los países donde he viajado y vivido. Pero no creas que a mí me molesta esta falta de identificación total, por el contrario, siempre me ha gustado ser así, no pertenecer completamente a ningún lugar. Por otra parte, me siento heredera de una cultura que ha pasado por muchísimos lugares, siempre descubriendo y recogiendo algo de todas las culturas, pues tengo la libertad de no aceptar lo que no quiero y de buscar y encontrar en todas partes algo que sienta familiar o, si no, que me guste o me deslumbe.

Pues ya ves que la búsqueda y expresión del exotismo me parece a mí algo muy bello y natural, producto de la curiosidad innata del hombre o como lo has dicho tú de mucho mejor manera: “expresión estética y antropológica de todos los misterios”.

G.A.—Tú has escrito en *El erotismo fin de siglo*: “Es indudable que muchas de las manifestaciones de la actual pornografía tienen su equivalente en el erotismo de fin de siglo”. Lo escribiste en 1979. ¿Cuál es tu opinión hoy, casi treinta años después, sobre el vínculo entre erotismo y literatura? ¿Hemos llegado a una suerte de grado cero?, ¿estamos saturados?, ¿somos incapaces ya de generar erotismo mediante el arte?, ¿acaso la telenovela, a la que tengo entendido eres gran aficionada, es el vehículo de éste?

L.L.—Sobre el erotismo. Es un tema que no me interesa tanto como el exotismo. No porque no sea interesante, sino porque ya hay muchísima gente que escribe sobre eso, aunque hoy mismo he empezado un ensayo que me ha pedido un amigo para el catálogo de una exposición.

Creo que el erotismo aún existe, a pesar de la actual invasión y accesibilidad de la pornografía. Pero me he dado cuenta de que en el fin de siglo existiría una situación equivalente, un ambiente lleno de estímulos sexuales. Claro que ahora nos parecerían inocentes, por ejemplo, las grandes ciudades eran verdaderas escuelas de educación erótica, con las muy visibles prostitutas que buscaban abiertamente a sus clientes fuera de los hoteles, cerca de las estaciones... Encontré una curiosa cita de *Amiel*, donde habla de su visita a París, y de cómo quedó seducido “por la curiosidad de los sentidos y una especie de libertinaje platónico de la mirada, que me arrastraba y me hacía sonrojar”. Y he vuelto a leer *Memoires d'un fou*, de Flaubert, donde el protagonista describe el “éxtasis” que siente al ver a una mujer con el seno desnudo, amamantando a su hijo.

Pero ahora me intereso más bien por temas concretos, por ejemplo el asunto del desnudo: cómo y por qué en aquella sociedad donde el cuerpo desnudo había llegado a ser un componente común en la dimensión visual pública, hubieron tales escándalos con la famosa *Olympia* de Manet, o algunas obras de Klimt. Es que esos artistas desafiaban los límites de lo que era aceptable para ser exhibido, al proponer la emancipación del desnudo y forjando una unión entre arte, vida, contemporaneidad y libertad.

La telenovela es una gran afición mía, en efecto. Todos los días la veo, hoy mismo al acabar este diálogo me voy a ver dos. No hay gran erotismo en ella, lo que hay es quizás algo más caduco que el erotismo, el ¡¡¡¡¡AMOR!!!!!! así, con mayúsculas y exclamaciones, y el romanticismo, tal vez ya pasado de moda también. Es que los latinoamericanos son el último reducto del romanticismo. De las telenovelas sé muchísimo, podría escribir un libro sobre ellas. Sé distinguir las, y calificarlas; las mejores, por supuesto, son las brasileñas, excepto las históricas, no me gustan, prefiero el ambiente cosmopolita y hedonista de Río. ¿Cuáles son peores? Las argentinas, allí sí que hay un intento de escenas eróticas

pero son pésimas, y siempre semi veladas por gasas rosadas. Las telenovelas más disparatadas son las venezolanas y las más cursis las mexicanas. Si sigo con las comparaciones, te diré que las brasileñas parecen más modernas y más casuales en su tratamiento del amor. En concreto, en las novelas brasileñas nunca sabes quién se va a acostar con quién. En las hispanoamericanas, el amor es siempre único y eterno, a pesar de los laberínticos caminos que la vida pueda tomar. Se sabe desde el principio cómo van a terminar, porque el público es muy tradicional y no quiere sorpresas, quiere disfrutar de las alegrías y penas de los personajes sabiendo que al final todo va a terminar bien.

Inclusive te diría que la telenovela es digna de un estudio serio, como literatura popular, y además habría otros temas. Por ejemplo, si yo quisiera ponerme culta y “épater” a alguien comentaría que hay en ellas cantidad de elementos de la novela bizantina, desde luego la *anagnórisis* es frecuentísima, casi necesaria. Pero la verdad es que a mí me gusta sólo por verla, forma parte de mi rutina. Y ahora me doy cuenta de que se me va a pasar mi novela colombiana, “Madre Luna”. En el episodio que van a poner hoy, el bandido de la sierra escondido por la terrible millonaria Flavia, va a reencontrar a su antigua amante Zulma que es ahora amante de Ángel, el hijo de Flavia. No me la puedo perder...

G.A.—Retomemos el diálogo. La tercera apoyatura de tu obra es la literatura que se acerca a la “ciencia social”, o sea, al anarquismo. Tú has hablado de la importancia que tuvo para ti el encuentro con un anarquista que creía en la cultura, don Hermoso, y cómo financiaba de su bolsillo una imprenta. Figura nada infrecuente en el mundo anarquista. Pensemos que *Tierra sin pan* de Buñuel es pagada por un militante al que le toca la lotería y entrega todo su dinero a esta causa. Tú escribes: “en las discusiones sobre literatura de los anarquistas surge una y otra vez exaltada la figura de Don Quijote”. No conciben a Don Quijote fuera de esos parámetros; al igual que hoy se habla de la encarnación “andalusí” (hebrea y morisca) de Don Quijote. ¿Qué nexos hay entre unas y otras apreciaciones, libertaria y “andalusí”? ¿Qué ha significado para ti la “musa libertaria”, y por ende el cariño y aprecio que te han proporcionado los libertarios?

L.L.— Ya te he contado mi encuentro con el mundo del anarquismo a través de la figura de don Hermoso Plaja, a quien conocí en México. Era un refugiado español, proveniente de la zona de Palafrugell. Con su salario, muy pequeño, por cierto, en el mercado de libros viejos en La Lagunilla fue adquiriendo una formidable colección de publicaciones anarquistas. Me mostró una vez la colección completa de *La Tramontana*. También fundó una editorial, y te mencioné que el segundo libro que allí había publicado fue *Germinal*, la gran novela de Zola. Lo que tal vez no te conté es que el primer libro que publicó fue *El proletariado militante*, de Anselmo Lorenzo. Me contó que para conseguir un ejemplar para reproducirlo fue a la Biblioteca Nacional de México y pidió hablar con el director, que era el escritor Vasconcelos. Al identificarse como un anarquista español refugiado en México, el director lo recibió de inmediato, y yo casi no podía creer lo que me dijo después: que Vasconcelos le prestó el libro y le dejó llevárselo a casa por el tiempo que lo necesitara. ¿Qué te parece? Sacar un libro de la Biblioteca Nacional de México debe ser, si no más, por lo menos tan imposible como sacarlo de la Biblioteca de Madrid.

Desde aquella entrevista yo quedé fascinada con el anarquismo, y sobre todo por la gran atracción que sienten los anarquistas por la cultura. Nunca olvidé aquella visita y un par de años después empecé a trabajar en lo que sería mi libro *Musa libertaria*, sobre la cultura del anarquismo español. Estuve varios veranos trabajando en los archivos de Amsterdam, y por fin salió ese libro en el que puse mucho trabajo, entusiasmo y cariño. Te cuento además que perdí la dirección de don Hermoso y a pesar de buscarlo durante

un tiempo no lo pude encontrar en México. Pero estando en la fase final de mi libro, llegué a la Biblioteca Arús de Barcelona, y la bibliotecaria mencionó que acababan de recibir una donación muy importante de don Hermoso Plaja. ¡¡¡Figúrate mi sorpresa!!! Había regresado a España, a su ciudad natal de Palafrugell. Ya te imaginarás qué emocionante fue el reencuentro. Ese verano lo pasé en Barcelona y cada domingo tomaba el autobús para ir a Palafrugell. Don Hermoso me esperaba en la parada y yo me quedaba a comer en su casa, y luego íbamos al café donde me quedaba conversando toda la tarde con compañeros de don Hermoso, antiguos combatientes de la guerra civil española.

Esas conversaciones me dieron otra idea, y años después emprendí uno de los viajes de estudio más fascinantes de mi vida. Viajé por España contactando a muchos viejos anarquistas, gente que había pasado la guerra civil. Grabé todas esas entrevistas y tengo unas treinta cintas valiosísimas, aún no he hecho nada con ellas, pero son un tesoro; recuerdos de la guerra civil, de presidio, del exilio, de vidas sinceras y llenas de idealismo. Me fui comunicando como a través de una red. Llegué en principio a la CNT en Madrid, y de allí saqué los contactos en Santander. Éstos me comunicaron con los de Gijón, aquéllos con los de Bilbao, Vitoria, etc. Una de las entrevistas más conmovedoras fue en Barcelona. Me la preparó Salas, que murió hace unos años. Nos reunimos en su casa con cinco antiguos combatientes. Uno de ellos, de Zaragoza, me contó que había sido pastor, muy pobre e ignorante, y que había aprendido a leer para tener acceso a los textos anarquistas, perteneció luego a un grupo de teatro experimental y se emocionaba al recordar que había escenificado obras de Ibsen.

Pues ya te das cuenta por lo que te he dicho que tengo verdadera admiración y entusiasmo por los anarquistas. Creo que son la única esperanza de la humanidad, la única utopía que funcionaría. Te confieso que desde que empecé a trabajar con periódicos y revistas de la época de fin de siglo comparaba las publicaciones anarquistas con las socialistas y éstas, las socialistas, me parecían enormemente aburridas y faltas de imaginación y grandeza, muy dogmáticas. Y eso que te hablo del socialismo de entonces, del socialismo de Pablo Iglesias, que era intachable. De los socialistas de ahora tengo aún peor opinión; aburridos, dogmáticos, oportunistas. No comprendo cómo pueden tener tanta fe en el Estado y tan poca fe en el hombre.

Tengo hasta ahora mucho contacto con anarquistas y te diré que es la gente más generosa, hospitalaria e interesante que he conocido. Son mis amigos, mis hermanos. Admiro su fe, su idealismo, y sobre todo su individualismo.

Vuelvo a tu pregunta, el *Quijote* aparece en el escrito de Anselmo Lorenzo, *El Quijote libertario*, y sí creo que se combina bien la figura del anarquista con Don Quijote, alguien que lucha por algo aun cuando parezca y sea imposible conseguirlo. Esa figura y el anarquismo es lo más español, y lo mejor de España. Aunque en la España de hoy, no sé si Don Quijote o el anarquismo sobreviven... ojalá que sí, pero este tema ya sería ocasión de otra conversación.

G.A.—Abordemos tu dimensión última de promotora de exposiciones singulares. Comencemos por Julio Romero de Torres, un pintor popular y poco valorado, al que tú le encontraste su lado simbolista. Rastreaste museos y colecciones para hacer una exposición. Cuenta esa aventura de ser “comisaria” para reunir las obras de un *chef d’oeuvre* simbolista poco conocido... En una Córdoba pueblerina aún hoy día...

L.L.—Romero de Torres siempre me ha gustado, desde que vivía en México donde gozaba y goza de mucha popularidad. Y me refiero a popularidad con el pueblo, pues todos saben inclusive el pasodoble: “Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena...”.

Además de ser un magnífico y personalísimo pintor, encontré en él muchos temas simbolistas y me gustó mucho su originalidad al adaptarlos a una iconografía andaluza. Además me interesa el mito de Romero de Torres hecho por el pueblo español. Confío en sus gustos, y me molestaba el descuido e inclusive el desprecio con que Julio había sido tratado durante tanto tiempo en España.

Te cuento que hacer la exposición fue muy complicado. Es muy difícil, casi imposible, conseguir el préstamo de los cuadros del Museo Julio Romero de Torres en Córdoba. Al principio nos los negaron, nos dijeron que si nos iba bien nos prestarían algún retrato pequeño, y yo que quería llevarme todo el museo... Hasta pensamos en hacer la exposición sin ellos, a base de obras en colecciones privadas. Pero yo no me resignaba (te advierto que soy muy obstinada), y me parecía que si Julio (así lo llamo yo) iba a viajar hasta Bilbao, no podíamos presentarlo sin los cuadros *La Chiquita piconera*, *Nuestra Señora de Andalucía*, *El Pecado*, etc. Por fin después de muchas vueltas nos abrieron el museo para tomar de él todo lo que quisiéramos. Figúrate, ese día, ¡cuando me llegó la noticia estuve festejando con *champagne*! No sólo podíamos contar con las obras maestras de Julio, sino que inclusive fue la primera vez que se presentaron juntos *El Pecado* y *La Gracia*. Este último cuadro recién comprado en subasta en Londres, después de haber pasado años y años en un monasterio en Miami, donde yo lo vi por primera vez. También me había propuesto traer de vuelta a España los cuadros que Julio había vendido en diversos países de América. No puedo ni empezar a contarte las aventuras que sucedieron para localizarlos, conseguir el permiso y traerlos, pero fue una primicia, pues varios de estos cuadros no se habían visto nunca en España. Con todo, hay obras que deben ser maravillosas que nunca localizamos, por ejemplo el retrato de la Niña de los peines, y un retrato de Belmonte que está perdido. Nos dijeron que estaba en México, en poder de una familia muy destacada y acaudalada. Moví cielo y tierra para encontrarlos y por fin hablé con ellos, pero el cuadro que tenían no era ése y no era de Julio sino de Villegas. Ya será para la próxima vez, pues Romero de Torres es un pintor que me sigue atrayendo y que seguiré trabajando sobre él.

G.A.—La última exposición en la que participaste, que sepamos, *Luz de gas*, versaba sobre la noche en la pintura española. Allí escribes de esa nocturnidad decimonónica invadida progresivamente por la luz. De esa noche que acogía a la bohemia. ¿Era inferior la vida nocturna de Madrid a la de París? ¿Tenía sus vanguardias? El guatemalteco Gómez Carrillo habló de la cutrez madrileña en su libro *La miseria de Madrid*. ¿Qué te parece Gómez Carrillo, príncipe de cronistas?

L.L.—Desde luego la noche de Madrid no era ni comparable a la de París, pero tenía sus muchas bohemias, en cafés, en *music halls*, etc. Destaca, por ejemplo, la tertulia de Valle-Inclán en el café de Levante, y todo ese grupo de gente que concurría al Kursaal, curioso local que funcionada como frontón de día y como *music hall* de noche. Allí fue donde el grupo de Valle, incluyendo a Leandro Oroz, Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, tramaron ese curioso y divertido episodio para casar a Anita Delgado con el marajá de Kapurtala. Gómez Carrillo me parece interesantísimo, justamente tengo aquí a mano su libro sobre Mata Hari. Creo que él llevo la crónica a una altura excepcional, y es un género indispensable para entender ese periodo. Lamento que no se haya estudiado mejor. Él y otros modernistas latinoamericanos que destacan en la crónica deben ser revisados, otro de ellos sería Manuel Gutiérrez Nájera, espléndido cronista también. Gómez Carrillo es igualmente muy representativo de los gustos de la época, por ejemplo en su libro sobre el Japón.

Diciembre 2007 / Enero 2008